

Ponencia:

Poder y conflictos en el espacio andino patagónico a fines del siglo XIX: el cacique Inacayal y la producción historiográfica¹

Autor:

Ricardo Omar Fernández, Profesor en Historia (U.N.Co.)

Las miradas fragmentadas del registro historiográfico surgidas desde la historia patria respecto a los conflictos y las luchas de poder en la zona del Nahuel Huapi, invisibilizando a protagonistas que tuvieron igual participación respecto a otros, fue una de mis preocupaciones para trazar los primeros pasos en la tesis de licenciatura. Como todo inicio, no se excluye de constantes revisiones por lo que el presente informe no debe ser considerado sino como una etapa preliminar.

En la segunda mitad del siglo XIX se conformaron y consolidaron en la Norpatagonia y en la zona andina en particular grandes cacicazgos en función de contrarrestar el avance de las parcialidades blancas. Por lo tanto, asume relevancia para un historiador, la percepción del sujeto como protagonista, línea que hemos adoptado como principio de nuestra investigación.

En ese sentido, creemos que la historiografía reconoce entre uno de los liderazgos con mayor protagonismo el ejercido por Valentín Sayhueque, el cacique manzanero. Sin embargo es escasa la producción respecto a las relaciones conflictivas entre éste y aquellos caciques que disputaron el poder y que la Historia patria solo les dedicó paginas ubicándolos como protagonistas secundarios de los procesos políticos, sociales y económicos que se suscitaron en esta época.

Dentro de este grupo, es relevante la figura del cacique Modesto Inacayal que junto a Foyel marcaron sus diferencias. Ejemplo de ello fue cuando reivindicaron como propia el área de la salida del Limay o Tekel Malal desafiando el poder territorial con Sayhueque.

Fue George Musters quien precisó las diferencias existentes entre ellos y Sayhueque, quizás provocadas por la emergencia de la jefatura de este último que suplantaba la autoridad de Paillacán y Huincahual, padre de Inacayal. Disgustaba que los Picunches, súbditos del manzanero, controlaran los boquetes cordilleranos e interfirieran constantemente el paso de su gente cuando viajaba a Valdivia para efectuar intercambios (Musters, 1964:316)

A pesar de la importancia del cacique, la historiografía oficial limitó su producción solo a anécdotas de relaciones periféricas y alejadas de toda posibilidad de analizar al cacique desde sus disputas por el poder territorial o sus diferencias en las formas de resistencia ante el avance militar. Es decir la preponderancia del “gran cacique manzanero” que la Historia registró, invisibilizó la figura de Inacayal a quien solo se lo presenta como un subordinado despojado de posibles posicionamientos diferenciados.

¹ El presente informe es un avance de un trabajo más complejo correspondiente a una futura Tesis de Licenciatura.

El propósito de este trabajo es, por un lado, presentar un primer avance de una investigación más compleja que, como ya se señaló, forma parte de la tesis de licenciatura y que refiere a historizar procesos y relaciones sociales en espacios de fronteras a partir del recupero protagónico de caciques que solo fueron observados históricamente como detrás de escena. Por otro, plantear líneas de análisis que permitan reubicar, en este particular al cacique Inacayal, a partir del relato biográfico en el justo lugar donde se desarrollaron los conflictos y se tensionaron las relaciones.

Adherimos al género biográfico entendiéndolo desde el planteo del Prof. Raúl Mandrini quien señala que *la clave esencial de su valor y la principal justificación de su empleo están en el carácter específico de las relaciones sociales que caracterizaron al mundo indígena como a las áreas de frontera propiamente dichas.* (Mandrini, 2006:13)

En un primer momento se establecerán algunas de las categorías teóricas que dan soporte a los análisis que se desarrollan a lo largo del proceso de investigación.

Seguidamente se contextualizará el período político-económico en el cual se suceden los procesos históricos que protagonizan las parcialidades indias en la zona del Nahuel Huapi y la mirada que de ellas se tiene desde el Estado Nacional que sirvió como justificativo para el avance militar sobre sus tierras.

Luego se aportarán generalidades en torno a la figura del cacique y se plantearán parte de los registros historiográficos que se tuvieron analizando, concluyendo finalmente con una síntesis conclusiva que abrirá las puertas a nuevos interrogantes.

Huellas teóricas

La problemática en cuestión obliga a un abordaje desde diferentes perspectivas teóricas que involucren entre otros conceptos, al de *otredad* trabajado por Tzevan Todorov en la Conquista de América y el problema del otro. En este particular se referencian miradas que se tienen del mundo indígena por parte del Estado Nacional y por quienes reflejaron sus ideas historiográficamente.

A su vez, imbrican, la idea de los *desplazamientos finiseculares* abordados por Álvaro Fernández Bravo y el de las *representaciones de alteridad* en las zonas de frontera de Beatriz Dávila y Claudia Gotta.

De Oscar Oslak se adhirió al concepto de *Estado Nacional* como resultado de un proceso convergente de constitución de una nación y un sistema de dominación que sustenta la hegemonía del Estado

Por ser este un trabajo cuyo acento está puesto en la visión que desde el poder hegemónico se tiene sobre la cuestión indígena, es apropiado el concepto de *identidad* que trabajan José Luis Martínez, Víctor Gallardo y Nelson Martínez a partir de los análisis de Guillaume Boccara.

La *cuestión indígena* está siendo abordada desde los aportes de Raúl Mandrini y Enrique Mases complementando con los análisis que realiza Susana Bandieri sobre la *región de frontera* entendida ésta como un sistema abierto y como una construcción socio-histórica.

Esta investigación es pensada a partir de una aproximación al pasado desde una intencionalidad histórica que inicia el camino del análisis crítico de fuentes pero que no lo agota en sí mismo.

Se plantea una mirada desde la historia social con el solo objetivo de recuperar otras posibilidades de análisis de las fuentes escritas que dan cuenta de las diferentes miradas desde

el poder respecto a la cuestión indígena, es decir, focalizar el análisis en las entrelíneas dando un giro en la interpretación de los documentos.

Metodológicamente se está trabajando mediante el uso, análisis e interpretación de diferentes tipos de fuentes, escritas y orales; entrecruzando información y focalizando la lectura en lo que oficialmente no se dice a viva voz pero se lo escribe.

Sobre la temática en referencia existe bibliografía y autores que la han abordado desde distintas perspectivas de análisis.

Por un lado se rescatan parte de las líneas historiográficas de Susana Bandieri quien aporta un interesante abordaje de la historia de manera más complejizada a partir de la posibilidad operativa de la *construcción histórica regional* que aleja el análisis histórico desde el lugar de los “Estados Nacionales” y las “sociedades nacionales e incorpora la categoría de región como un sistema abierto cuyos límites solo encuentran respuestas en su propia explicación. También en tal sentido son valaderos los aportes de Nidia R. Areces que analiza el *concepto de región* como objeto de estudio de la opción teórico metodológica de la historia regional, es decir, la composición de la trama regional bajo la forma de un espacio social con características sui géneris. Espacio social como constituyente de un modelo explicativo global de los lazos regionales que activan la trama regional.

El *concepto de frontera*, indispensable para el análisis de la zona del Nahuel Huapi, se materializa a partir de las reflexiones de Jorge Pinto Rodríguez sobre la integración y desintegración del espacio fronterizo de Araucanía y las Pampas donde la frontera asume la característica de un espacio de intercambio.

En lo referente a las características que asume la *cuestión indígena* son tenidos en cuenta los análisis de Raúl Mandrini y Guillaume Boccara que desde una mirada histórica uno y antropológico otro, reflexionan acerca de devolverle al indio, por un lado, el protagonismo que tuvo, y por otro, los espacios sociohistóricos y su pasado histórico.”

En cuanto a la visión hegemónica que se tiene respecto al indio como justificación para llevar adelante la campaña militar a partir de 1879 se rescatan los escritos de recopilación de las obras de Ramón Lista, tomo I y II, los relatos del explorador George Musters, las crónicas de Juan Martín Biedma, las referencias de Carlos Martínez Sarasola, y las reminiscencias de Francisco P. Moreno entre otros.

El contexto

La conquista y la visión del “otro”

“Estamos como nación empeñados en una contienda de razas en que el indígena lleva sobre sí el tremendo anatema de su desaparición, escrito en nombre de la civilización. Destruyamos, pues, moralmente esa raza, aniquilemos sus resortes y organización política desaparezca su orden de tribus y si es necesario divídase la familia. Esta raza quebrada y dispersa, acabará por abrazar la causa de la civilización. Las colonias centrales, la Marina, las provincias del norte y del litoral sirven de teatro para realizar este propósito”

Julio Argentino Roca

Sabido es que los pueblos originarios han sido los grandes ausentes en la historia oficial, que construyó las bases de su historiografía a partir de supuestos de salvajismo y barbarie y que de alguna manera jugaron un papel aprobatorio del plan de avance sobre la frontera india.

Como ya se ha señalado en distintas investigaciones historiográficas, la extensión del ferrocarril, el telégrafo, el mejoramiento de las armas del ejército, el cese de las guerras entre argentinos, y el poder de la provincia de Buenos Aires, permitieron que a partir de 1870 se iniciara una etapa ofensiva contra el indígena, con el fin de correr la frontera real de la Argentina.

Hoy día, y después de variadas y profundos análisis históricos, “no hay dudas que la llamada “conquista del desierto” fue una empresa anticipada, planificada y ejecutada desde un Estado argentino que veía en el “otro” la presencia sumisa de los pobladores de las inmensas extensiones que ocupaban allende la frontera”.²

La cuestión indígena, denominación contemporánea a la política del Estado con los indígenas y a la problemática de las fronteras interiores, no solo fue una temática central durante casi todo el siglo pasado, con mayor acento en la etapa de la construcción del Estado Nacional y la sociedad capitalista, sino que la misma también fue tema de debate en el marco de la llamada cuestión social en nuestro país.

Cada vez que abordamos la problemática de la cuestión indígena o el problema de las fronteras interiores o como lo que se dio en llamar “Conquista del Desierto”, somos conscientes como historiadores que no son temas menores dentro de la historiografía argentina. Muchos son los enfoques y escasa la bibliografía que da cuenta de la “otra historia”, pero aún así hay mucho por decir respecto a la visión sobre la cuestión indígena desde el poder hegemónico.

Surgen, naturalmente, al menos dos interrogantes: ¿Cuál era la visión que se tenía de quienes habitaban las tierras patagónicas en general y del Nahuel Huapi en particular?, ¿de qué manera se hegemonizó la visión del otro en los documentos oficiales?

Guilleme Boccara señala como uno de los problemas primarios en el estudio de la cuestión indígena el que refiere a las cuestiones formuladas por las distintas corrientes de los post colonial studies.

Tiene que ver con las categorías que se utilizan desde los estudios occidentales para hablar del “otro”, para construir el “otro”, para tratar la historia del “otro”. ¿Representa nuestro discurso, por más científico que sea, una de las tantas narrativas sobre la historia y la cultura de las otras sociedades?, ¿existe una posibilidad de devolverles protagonismo a los agentes dominados o subalternos?³

Encontrar otras respuestas a las aportadas por la historiografía oficial respecto al tema que se aborda es uno de los móviles que se han priorizado.

La temporalidad está condicionada a dos fechas que juegan como puntos de inflexión para darle protagonismo al cacique Inacayal y que están relacionadas con momentos decisivos en el proceso de construcción del “otro” indígena. Por un lado, en 1872 se establecieron los tratados que definirían una particular relación entre el Estado Nacional y los pueblos originarios de Norpatagonia. Por otro, 1888, fecha en que el cacique patagónico decide en las escalinatas del Museo de Ciencias Naturales de La Plata doblegar su resistencia a la imposición del mundo del blanco.

La construcción de la “cuestión indígena” como categoría conceptual, implicó e implica un continuum de narrativas desde la historia oficial que generalmente dieron y dan cuenta de una realidad social sobre “lo indígena” que no siempre aproximó la total veracidad. Sin

² Mases, Enrique Hugo: Estado y cuestión indígena, Edit. Prometeo Libros, p.25

³ Boccara,Guilleme : Colonización, resistencia y etnogénesis en las fronteras americanas, cap. III, p.50

embargo dar cuenta de “lo indígena” en el marco del Estado nacional remite a relaciones de subordinación y de una incorporación particular a la economía capitalista. En tal sentido creemos que el avance del Estado mediante la “conquista del desierto” en la zona norpatagónica, condijo con la visión del poder hegemónico sobre la “cuestión indígena” y se vio reflejada en las estrategias que se llevaron adelante para resolver el “problema del indio”.

Por eso particularmente interesa investigar la visión que se tenía sobre el indio desde el poder hegemónico en la segunda mitad del siglo XIX y cómo a partir de estos supuestos se diseñaron las diferentes estrategias de conquista que generaron los enfrentamientos con el mundo indígena.

De qué manera el poder central desarrolló sus estrategias de cooptación nos lleva a analizar fuentes primarias y secundarias que den cuenta de la visión que se tenía respecto al indio desde el poder hegemónico y que se encuentran en diferentes documentaciones oficiales pero también contrastar información de diferentes fuentes para observar semejanzas y similitudes respecto a las diferentes estrategias de resistencia desde el lugar del indio y finalmente observar el lugar que ocupó la frontera, en el marco de la “conquista”, como espacio central ocupado por sujetos fuertemente relacionados.

Actualmente y luego de profundos debates, sabido es que los pueblos originarios han sido y en alguna medida lo siguen siendo, los grandes ausentes de la historia patria, que construyó las bases de su historiografía a partir de supuestos de salvajismo y barbarie y que de alguna manera jugaron un papel aprobatorio del plan de avance sobre la frontera india.

La historia da cuenta que la extensión del ferrocarril, el telégrafo, el mejoramiento de las armas del ejército, el cese de las guerras entre argentinos y el poder de la provincia de Buenos Aires, permitieron que a partir de 1870 se iniciara una etapa ofensiva contra el indígena, con el fin de correr la frontera real de la Argentina. También durante ese mismo proceso, tomaba mayor solvencia la idea de que los indígenas de la región del Nahuel Huapi sostenían estrechos vínculos con el territorio chileno motivo que podría llegar a producir en efecto la pertenencia al país vecino.

Es en este contexto que comienzan a darse las condiciones para finalmente arremeter en defensa de la “soberanía” nacional.

Hoy día y después de variados y profundos estudios y debates, no caben dudas que la llamada “conquista del desierto” fue una empresa anticipada, planificada y ejecutada desde un Estado argentino que vía en el otro la presencia sumisa de los pobladores de las inmensas extensiones que ocupaban allende la frontera” (Mases, 2000 :25)

En la segunda mitad del siglo XIX, la presencia de una frontera interna funciona como estímulo y desafío para medir las propias ambiciones de expansión.

El Estado Nacional: consolidación y hegemonía

“La formación del Estado es un aspecto constitutivo del proceso de construcción social” sostiene Oscar Oszlak. En tal sentido el Estado argentino en particular asumió ese rol cuando en nombre del Estado se propuso agrandar la nación, imponiendo el orden e impulsando el progreso. Así una nueva frontera comenzó a dibujarse entre el dominio del Estado y de la sociedad. *“Nunca fue una frontera rígida o nítidamente marcada. Más bien fue siempre una frontera irregular, porosa y cambiante, cuyos contornos fueron resultado de procesos en los que la confrontación y la negociación, la fijación arbitraria o el acuerdo de límites, la*

*captura de nuevos espacios y la deliberada resignación de competencias movieron alternadamente la frontera en una u otra dirección”.*⁴

El proceso de construcción social supone también la conformación de un sistema político que articule la dominación y la materialización de la misma en acciones concretas. En tal sentido el avance sobre la frontera india no es más que el resultado de un proceso de desterritorialización que sumaba, mediante la desestructuralización de las economías y la dominación coactiva, el grado de estatidad.

*“La existencia del Estado presupone la presencia de condiciones materiales que posibiliten la expansión e integración del espacio económico (mercado) y la movilización de agentes sociales en el sentido de instituir relaciones de producción e intercambio crecientemente complejas mediante el control y empleo de recursos de dominación.”*⁵

La presencia del Estado en el período que se está teniendo en consideración era parte de un “país” que se reducía a un puñado de viejas ciudades coloniales, distribuidas en un extenso territorio. Esa extensa geografía estaba constituida por espacios diferenciados donde la provincia, reducida en su jurisdicción efectiva a la vida social organizada alrededor de sus escasas poblaciones, y el extenso “desierto”, tierra de indios y mataderos, constituían claramente dos países.

Su frontera fue testigo de luchas y negociaciones donde los límites provinciales se expandían o estrechaban en función de los resultados de esa lucha de poder.

Entre la provincia y el “desierto” comenzaron a surgir estados intermedios lentamente poblados que posteriormente se denominarían territorios. Espacios que, luego del avance militar, se enajenaron bajo la forma grandes negocios. Sólo en virtud de las leyes de 1878 y 1882 el Estado nacional vendió más de veinte millones de hectáreas según lo señala Jaime Fuchs en su obra “Argentina: su desarrollo capitalista” (1997:64)

La conquista militar: su marco ideológico

Un argumento muy común entre quienes se oponen a cualquier cuestionamiento a la historia patria sobre la conquista del “desierto” es que todo historiador debe ubicarse en el contexto de la época.

De alguna manera adopto este posicionamiento pero para analizar el contexto ideológico de la época en que se gestionó y planificó la conquista del espacio patagónico.

Hacia 1878 el país se encuentra presidido por Nicolás Avellaneda quien consigue que el Congreso Nacional sancione una ley que se llamó “de expansión de las fronteras hasta el río Negro” lo que garantizaba un importante empréstito para financiar la campaña militar aprobada con anterioridad en 1867. Uno de los impulsores de dicha ley es el Ministro de Guerra Julio Argentino Roca, hombre de fuerte influencia en ese momento de la política argentina. Su proyecto, que por si solo no hubiese prosperado, tuvo el apoyo de Estanislao Zeballos quien ad hoc le aporta a la literatura del momento su obra “La conquista de 15.000 leguas” donde va a sostener la presencia de indios chilenos en territorio patagónico. Otro, no menos importante, apoyo lo recibió de su asesor militar Manuel Olascoaga adjudicatario de la gobernación de Neuquén después de la campaña militar.

La justificación del financiamiento respondía a la expansión de la frontera que para entonces, y lejos de cómo se la pensaba desde Bs. As., tenía su propio dinamismo, su

⁴ Oszlak, Oscar, “La formación del Estado argentino: orden, progreso y organización nacional”, Bs. As. , 1999, p. 8

⁵ ibidem, p. 18

compleja movilidad como espacio donde convivían tanto sociedades no indígenas como indígenas. Un espacio de encuentros y desencuentros donde por períodos habitaban indios, gauchos fuera de la ley, excluidos de la sociedad porteña o aventureros de turno. Un espacio de frontera pensado en algún momento como ensayo de una sociedad distinta donde el intercambio comercial, por momentos, generaba vínculos pacíficos.

La campaña militar al “desierto” implicó la desaparición de la frontera y correlativamente la desarticulación del mundo indígena que pesó a la violencia implícita en el avance, entraman relaciones de diferentes tipos como formas de estrategia frente al invasor.

Otra cuestión a tener en cuenta como representación del momento histórico en el que se piensa el avance sobre territorio patagónico, es la relación del Estado Nacional con la Iglesia católica que por entonces era muy conflictiva, sobretudo durante la gestión de Julio A. Roca. El general, por entonces, estuvo encolumnado en un movimiento ideológico de carácter liberal que intentó separar a la Iglesia del Estado. Es la época en que se creó el registro civil como institución fundante del matrimonio, y cuando la educación de carácter laica enfrentó a los católicos con las autoridades del gobierno.

Si bien la Iglesia colaboró con el sometimiento indígena, los objetivos de ésta respecto al mundo indio eran diferentes. La Iglesia pretendía conservar las tribus indígenas en el lugar donde vivían, sometidas y cristianizadas pero con los núcleos familiares indisolubles, situación ésta que el Estado no respetó.

El gobierno firma con el Arzobispo de Bs. As. , monseñor Aneiros, un pacto por el cual se convocaba a los salesianos de Don Bosco para instalarse en tierras del sur argentino. Los misioneros llegaron a varias de las comunidades indígenas antes que el Ejército lo que garantizó que al momento de su arribo, los indios en su mayoría ya estaban cristianizados y bautizados.

El plan en marcha hubiese sido imposible sin armas y sin cruz y es justamente en esas dos simbologías donde se materializó el pensamiento de la época. Es posible diría Tzvetan Todorov *“establecer un criterio ético para juzgar las formas de las influencias: lo esencial, diría yo, es saber si son impuestas o propuestas. La cristianización, al igual que la exportación de cualquier ideología o técnica, es condenable en el momento mismo en que es impuesta, ya sea por las armas o de otra manera. Existen rasgos de una civilización de los que se puede decir que son superiores o inferiores; pero eso no justifica que se impongan al otro.”*

Móviles de la conquista, lo dicho y lo hecho

La historiografía oficial suele indicar como causas de la Campaña del Desierto, emprendida a partir de abril de 1879, la demanda de tierras para incorporar a los cultivos en las que se establecerían los flujos migratorios provenientes del viejo mundo atraídos por los planes de colonización y la protección del ganado vacuno que en enormes cantidades, las pampas se llevaban para vender en Chile.

Las recientes investigaciones desde una perspectiva histórica social, dan cuenta que los procesos de colonización que comenzaron en el pasado siglo, ubicaban a los inmigrantes en zonas como Santa Fe, Entre Ríos o Córdoba, de gran fertilidad, sin mano de obra pero con propietarios preexistentes.

También se sabe que, a partir de la caída de la industria del saladero, el ganado vacuno perdió gran parte de su valor de allí que la mayor utilidad consistía en echarlo en las tierras

fronterizas a pastar, dado que su altura y capacidad de asimilación de pastaje duro le permitía renovar los campos para la posterior utilización en la cría de ovinos

Los últimos trabajos historiográficos sobre este período indican serias dudas respecto a la cantidad de ganado que se habría robado en las pampas y llevado a través de la cordillera según las descripciones de la bibliografía oficial del siglo XIX. Por un lado se señalan imposibilidades tales como las dificultades naturales de la propia cordillera, la disponibilidad de agua y la falta de pastura del lado chileno teniendo en cuenta la superficie territorial y la cantidad y densidad de los bosques en el sur del mismo.

La industria textil demandante de lana, es prioritaria en la revolución industrial en Europa y EEUU. Los ganaderos bonaerenses, quienes en su mayoría revisten nacionalidad inglesa, se dedicaban de manera exhaustiva a la cría de ovino merino, apto para la producción lanera.

Durante todo ese periodo a medida que se corría la línea de fortines desde el río Salado por donde pasaba a comienzos del 1800, hasta la franja planificada por Alsina; estas explotaciones se iban organizando en los territorios incorporados.

Con la aparición del frigorífico, se abre la posibilidad de satisfacer las demandas de carnes congeladas de cordero para el consumo de los obreros industriales en las ciudades europeas. Pero, para poder introducir los de raza lincoln, más aptos para este objetivo, había que erradicar los ovinos merinos que pastaban en las llanuras bonaerenses. La necesidad de los productores laneros encuentra nuevos campos aptos para estas manadas en la Patagonia. Sus tierras ignoradas hasta entonces, son revalorizadas tras la lectura de informes escritos por los viajeros entre los que se debe destacar a George Musters. *“La existencia de caminos practicables y de solas travesías que se encuentran cerca de la costa es probablemente lo que ha hecho que se describa a la Patagonia como un país árido, casi sin agua; pero, en realidad, una vez traspuesta la barrera de la costa, la mayor parte del interior abundada en lagunas, manantiales, arroyos... una hora de marchar por un llano arenoso nos llevó a un valle con una corriente de agua que se deslizaba por entre hermosos pastizales verdes.”* (Musters, 1997: 115)

Los intereses ingleses son otro de los elementos a tener en cuenta para la comprensión de la conquista de los territorios patagónicos. Desde la época colonial, el aliciente para los españoles en el conocimiento y exploración de la Patagonia fueron la presencia de extranjeros en sus costas.

La expansión colonialista de las potencias europeas, especialmente inglesa y francesa, se encuentra en pleno apogeo en la segunda mitad del siglo XIX. Pero los intereses de los grandes hacendados de la llanura bonaerense, mayoritariamente productores laneros, estaban ligados a la producción industrial textil inglesa. En gran medida las colonias inglesas eran proveedoras de la materia prima para su producción industrial. Si bien no hay testimonios que den cuenta de la participación directa del gobierno inglés en la conquista del territorio mapuche, se puede inferir a partir de analizar el proceso de privatización de las tierras conquistadas cuyos primeros títulos de propiedad se otorgan a estancias de la corona británica, zona que Musters describió con buenos pastos y aguas permanentes. *“El error que comete la mayor parte de los pobladores ingleses es ir aun lugar con la idea de que en un par de años van a llenarse los bolsillos para volver luego a Europa. En mi opinión, el poblador debe ir con la intención de establecer su hogar en el sitio que ha elegido; entonces, si le va bien, podrá volver, pero no debe proponerse eso.”* (Musters, 1993: 354)

El establecimiento de límites definidos con Chile fueron otros de los móviles. Hasta ese momento, las preocupaciones causadas por las guerras civiles, y las relaciones con los vecinos trasatlánticos, postergó totalmente el interés por la región andina. Ese desinterés fue

capitalizado por Chile, que fue extendiendo sus límites hacia el norte, invadiendo Bolivia y Perú y al sur ocupando el Estrecho de Magallanes.

Fue preocupación de las autoridades nacionales argentinas las acciones del gobierno chileno que marcaba presencia en zonas del sur argentino.

En el marco del proceso de colonización de zonas aledañas al lago Llanquihue por europeos centrales, devino posteriormente en el reconocimiento de la zona del Nahuel Huapi por varios expedicionarios chilenos como lo son Vicente Pérez Rosales y Guillermo Cox entre otros.

La conquista planificada

No es intención describir en este primer avance la planificación de la conquista militar llevada adelante por parte del Estado nacional, solo interesa señalar, como dato preliminar, que la ofensiva previa impulsada por Roca había logrado su objetivo: debilitar el poder indígena, poniéndolo en situación de no soportar el embate final.

En ese marco se inició la autodenominada “Conquista del desierto” que contemplaría al menos dos etapas bien diferenciadas. Una primera con varias divisiones de ataques y una segunda que ingresó con tres brigadas movilizadas bajo las órdenes de Conrado Villegas. Esta última se desarrolló en la zona andina patagónica y tuvo como protagonistas entre otros, a Valentín Sayhueque y Modesto Incayal.

La violación a la ley 947 y el pacto del Gobierno Nacional con el cacique Sayhueque por parte del Teniente Coronel Uriburu dio comienzo a la guerra con el poderoso cacique llamada Campaña de la Cordillera que duraría cuatro años y que culminaría con la rendición del jefe indígena el 1º de junio de 1885. Esta etapa de la guerra es coincidente con las campañas que se estaban desarrollando en el territorio chileno. El ejército de aquel país ocupaba el territorio habitado por mapuches entre el río Maule y el Toltén mediante la sangrienta represión conocida como “Pacificación de la Araucanía”⁶

La simultaneidad de las dos expediciones impidió que la población mapuche pudiese utilizar su mejor estrategia: refugiarse del otro lado de la cordillera guardando en el más absoluto secreto la ubicación de los diferentes pasos cordilleranos.

Las consecuencias de esta segunda parte de la Campaña, sumada a la “de la Patagonia” que emprendió el coronel Vintter desde Valcheta para encerrar por el sur al último cacique rebelde, fueron la incorporación del territorio patagónico a la soberanía nacional y la presencia de las tropas bajo las órdenes del coronel Villegas en la zona del Nahuel Huapi.

En 1883, cerca de la desembocadura del río Limay, se estableció el Fortín Chacabuco, punto de encuentro y abastecimiento de quienes llevaban adelante las acciones bélicas en la región, para desplazarse más al sur, posteriormente. La dispersión que se produjo entre la población mapuche significó un largo proceso que llega hasta nuestros días como la consecuencia social más indignante para esa comunidad.

Así finalizó una prolongada resistencia a la opresión que comenzó hacia 1550, con la llegada de Pedro de Valdivia a la región inaugurando un nuevo período para la Patagonia.

⁶ La intervención de las tropas chilenas como la justificación del nombre de la campaña se deben a que la misma se produce con la excusa de mediar un conflicto entre dos sectores que dividían a los mapuches.

Estrategias de un lado y de otro

La *ofensiva militar*, como ya se señaló, tiene sus inicios hacia 1878 con la aprobación de la ley 947, que autorizaba la financiación de la conquista de las tierras hasta los ríos Negro y Neuquén. Para llevarla a cabo el Ministro de Guerra, Julio Argentino Roca, lleva adelante el plan intentado anteriormente por Juan M. de Rosas. La diferencia se establece en que, producida la organización del Estado Nacional, la direccionalidad de la campaña queda centralizada en las decisiones del ministro sin que cada gobernador pueda tomar sus propias decisiones.

Terminada la Guerra del Paraguay, por un lado, y sin conflictos graves en el interior del país, la campaña militar a tierras del sur, fue siendo la protagonista. La organización del ejército bajo una sólida estructura, facilitó tal empresa; el moderno armamento adquirido para la Guerra de la Triple Alianza, permitió una clara primacía en el poder del fuego frente a los indígenas.

Pero debemos recordar que previa a la campaña propiamente dicha, durante el año 1878 los entonces, coroneles Nicolás Levalle, Luis María Campos, Conrado Villegas Rudesindo Roca, Eduardo Racedo y los tenientes coroneles Freire, Lorenzo Vintter, Teodoro García Bernardino París, Rufino Ortega, entre otros, llevaron a cabo exitosos ataques ofensivos a las tolderías, produciendo mayores números de mortandad y dispersión entre los indios que los registrados, hasta el momento, por propia la conquista del “desierto”. Estas expediciones lograron resultar exitosas no solo por la primacía de las armas, sino también por la información geográfica que proporcionaban los militares Baigorria y Olascoaga quienes ponen a disposición de Roca los relevamientos cartográficos necesarios para la planificación de los ataques.

La *táctica de sorpresa*, en unos casos, la *distracción* con convocatorias a parlamentos que se convertían en trampas, en otros, sumados a la gran movilidad en los desplazamientos y la cantidad de hombres, caballos y armas puestas en juego, logran la retirada de algunas comunidades y la toma como prisioneros; en otras, la dispersión y/o las bajas. Basándose en la memoria del Departamento de Guerra y Marina de 1879, el autodidacta barilocheño Ricardo Vallmitjana en su libro “90 años de turismo de Bariloche” cita a Walther quien describe claramente lo sostenido en el párrafo anterior: “*se eliminaron totalmente los restos de las tribus hostiles que habitaban en la zona recorrida por el ejército expedicionario, según los siguientes resultados: cinco caciques principales prisioneros, un cacique principal muerto, mil doscientos setenta y un indios de lanza prisioneros, mil trescientos trece indios de lanza muertos, diez mil quinientos trece indios de chuzma prisioneros, mil cuarenta y nueve indios reducidos.*” (Vallmitjana, 1993:35).

A su vez las *alianzas*, como muchos estudios historiográficos señalan, determinaron una estrategia clave como huellas recurrentes de variados proyectos de incorporación del “otro indígena”, las categorías “indios amigos” o “indios argentinos” reaparecen una y otra vez a lo largo de la historia de las relaciones interétnicas y fronterizas. Si bien los mismos fueron implementados con anterioridad a la campaña de 1879-1885, plasmados en diferentes tratados, explican los sucesos posteriores que ubican al indio en la categoría de “salvaje”.

En el marco de proyectos de integración política y control estatal, hubo “*intentos nacionistas y nacionalistas que debían converger en la consolidación de la matriz estado-nación-territorio.*” (Bechis, M., 1999:173) En este contexto se establecieron una serie de tratados con los pueblos originarios. Éstos reglamentaban tanto las raciones provistas mensual y anualmente por el gobierno como las prestaciones de colaboración- en algunos casos

eventuales servicios, como fuerzas auxiliares en el ejército, por parte de los indígenas- a fin de solucionar los problemas que se generaban en los espacios de frontera común.

Existían diferentes conflictos que convergían en la concreción de estos tratados. Por un lado, se intentaban reglamentar las relaciones fronterizas entre pueblos originarios y el Estado nacional, especialmente en cuanto a las relaciones comerciales, cotos de caza, entrega de cautivos y vigilancia de la frontera.

Interesa particularmente señalar, para comprender el impacto de tales medidas, lo que expresa Nidia Aceres respecto a que *“las líneas imaginarias que los Estados fijan cuando delimitan jurisdicciones son permanentemente rebasadas y esos espacios y lugares de frontera se configuran en ámbitos singulares de muy variadas vinculaciones interétnicas. En consecuencia, se deduce que no se dan fronteras rigurosas que separen netamente los ámbitos de lo “indio” y de lo “blanco”* (Aceres, 2000: 27). Por otro lado, empezaba a tomar forma el conflicto por las jurisdicciones estatales sobre el territorio patagónico, lo cual se expresaría en la documentación en términos de reconocimiento de “soberanías” estatales por parte de los indios. De allí que se piense acertadamente como lo señala Marta Bechis, que el sistema de tratado es también consecuencia de la política indígena

Los distintos tipos de tratados establecieron una jerarquía entre el conjunto de caciques⁷ de acuerdo con una diferencial entrega de raciones .Pero como sostiene Marta Bechis, no fueron los bienes sino el manejo de la información el principal recurso que acreditaba el prestigio y la autoridad de un cacique.

Son muchos los testimonios que dan cuenta de las estrategias adoptadas por los indígenas frente a situaciones de riesgo y que llevaban la conducción del cacique . En algunos casos los *avances ofensivos* frente a las tropas militares, en otros las negociaciones y acuerdos que subliminalmente algunos eran utilizados como mecanismos para la obtención de beneficios.

“En este momento llega a este punto Moreno escapado de las tolderías con siete día de viaje en balsa. Las indiadas todas sublevadas. Los indios que tengo no los mando. La comisión que mandé ya no a espero. Estos no la dejarían regresar con la fuga de Moreno. Saludo a V. S.”⁸

Si bien las fuerzas militares lograron hacerlas desaparecer, es de reconocer la consolidación de la cultura araucana que se llevó adelante a través de la *preeminencia de poderosas jefaturas*. La función del cacique, como aglutinador de comunidades enteras, guía indiscutido en las campañas bélicas o sabio conductor de la cotidianeidad, hacía que el cargo fuera estratégico.

Las campañas militares de conquista deben ser entendidas dentro del proceso de construcción y consolidación de los estados-nación- señala M. Bechis- que justificó que las tierras a conquistar y la cuestión de la soberanía se convirtiesen en elementos económicos y geopolíticos indispensables. Es por eso que la tierra y la fuerza de trabajo de los pueblos originarios representaron dos recursos íntimamente relacionados.

Y es en el mismo sentido que los objetivos de la campaña contemplaba una previa planificación de alianzas.

Posteriormente, y ya en el proceso de conquista, es que se comienza a construir una visión del “otro” fuertemente denigrada a la categoría de “salvaje” y de un Estado con una fuerte impronta civilizante.

En particular en el Nahuel Huapi, paisaje lacustre orillero de la ciudad de San Carlos de Bariloche, la población originaria fue considerada como una *“ola de bárbaros que ha*

⁷ Del Río, Walter, 1996, “Memorias de expropiación”, p.59

⁸ Carta enviada por Lorenzo Winther a la Inspección Gral. de Armas En “Sayhueque , el último cacique”, Curruhuinca- Roux

*inundado por espacio de siglos las dilatadas y fértiles llanuras de las pampas” y que ahora ha sido replegada “a sus primitivos lugares allende las montañas”*⁹

Por otro lado, la *persecución militar* obligó a los indígenas, en la mayoría de los casos, al cruce de la cordillera. Tal fue el caso del cacique Namuncurá quien junto a otros originarios negociaron desde el otro lado de la cordillera con las autoridades militares chilenas y argentinas, la localización definitiva.

No todos los grupos que habitaban el País de las Manzanas, espacio que nos interesa en este particular, buscaron refugio trasandino como estrategia a la persecución. Tal es el caso de Valentín Sayhueque quien - luego de intentar sin éxito una salida diplomática a la crisis- se dirigió hacia el sur, al igual que Inacayal y Foyel, donde resistiría hasta 1885.

La acción conjunta de los ejércitos argentino y chileno, produjo entre 1882 y 1883 el desplazamiento o sometimiento de la población originaria. En todos los casos las acciones fueron descritas por los órganos oficiales como el avance sobre grupos y territorios “salvajes”. El avance fue asimilado con la imagen de la civilización accediendo a regiones aún en estado natural o “salvaje”. *Esta homogeneización de todos los grupos, representó un quiebre lo suficientemente significativo en las relaciones entre el gobierno nacional y los pueblos originarios.*¹⁰

En ese contexto de violencia y negación, el propio Sayhueque comprobaba la inviabilidad de las viejas formas de hacer política interétnica. Frente al final de la arremetida militar intentó negociar el conflicto a través de variadas cartas dirigidas a los militares argentinos donde se asumía estratégicamente como “*un representante del gobierno aborigen argentino desde el río Limay, un noble criollo, un argentino leal al gobierno.*”¹¹

Como se señaló anteriormente, Valentín Sayhueque, al igual que otros, buscó refugio hacia el sur y en el interior de la meseta patagónica frente a las invasiones de 1882-1883. Logró armar sólidas alianzas defensivas junto a Inacayal y Foyel consideradas las últimas tribus “salvajes”. Variados intentos frustrados por parte de los militares a cargo de la persecución hacían creer al coronel Lino Oris de Roa que “*las tribus tehuelches habían hecho armas contra las fuerzas de la Nación, a pesar de ser tenidas por algunos como inofensivas*”¹².

Como se sabe posteriormente Sayhueque sería incorporado a las prácticas civilizadoras no sin antes llevar a la práctica estrategias de acercamiento por un lado, de extorsión por el otro. Con mayor resistencia Inacayal y su grupo demoraron el tiempo de incorporación a la vida “civilizada” del Estado nacional denotando cuán fuertes habían sido las alianzas, los circuitos de intercambio transcordillerano y la influencia de los líderes indígenas que funcionaron como elementos de resistencia y autonomía.

Recobra, aquí, significatividad el concepto de frontera que generalmente en la historiografía oficial se reduce a una cuestión exclusivamente de guerra, una mirada fragmentada que desconoce la presencia del “otro”. Una línea de pensamiento que niega a la frontera como el espacio donde operan fuertes procesos históricos de construcción de poder; un mundo con su propia lógica donde se lucha pero también se convive, donde se establecen redes de parentesco; donde la sociedad se homogeniza.

“Aunque no estoy seguro de ello, me inclino a creer que Roque es un cacique subordinado a Cheoeque, porque éste, durante mi visita a Las Manzanas, se refirió a él diciendo que estaba con su en los bosques de manzanos y de pinos, recogiendo la cosecha de otoño, pero después encontré algunos de esos indios en la Guardia esperando la ración de

⁹ Véase Walter (1980:547-548) Carta de J.A. Roca a C. Villegas, Bs. As. (28/4/1883)

¹⁰ Del Río, W., “Memorias de expropiación”, 1999, p.66

¹¹ Hux, 1991, p. 185

¹² Del Río, W., 1999, p.73

Roque y reconoció a uno que había asistido a nuestro consejo y a las fiestas subsiguientes en las Manzanas. El agente del gobierno para negociar con los indios, Bonifacio, me mostró un magnífico par de estribos que se enviaba de regalo a Roque desde Bs. As., porque las autoridades habían adoptado la política de evitar que el y Choeque se unieran a Callfucurá en el proyectado malón a la frontera.”¹³

Otra estrategia a tener en cuenta son las *deportaciones masivas* de grandes grupos trasladados a distintas regiones para ser incorporados como mano de obra en diferentes actividades, algunas de las cuales los retraía a un estado de esclavitud. La fuerza de trabajo indígena, en tanto recurso económico, fue disputada entre las elites nacionales. Estos traslados afectaron de forma diferente a uno u otro grupo de acuerdo con la historia particular de cada uno de ellos y de acuerdo con las estrategias de los mismos frente a la desestructuración del espacio de frontera que habitaban. En tal sentido no debemos olvidar que *“la ocupación militar de las tierras indígenas produjo la desarticulación de un extenso espacio que había estado cohesionado política, social y económicamente durante mucho tiempo”¹⁴*.

Con la Campaña de la Patagonia, ganaderos bonaerenses y miembros de las elites urbanas aumentaron su patrimonio a través de la *adquisición de tierra*, favorecidos por las administraciones aliadas que se las proveyeron por donación o ventas a muy bajo precio. La tierra se constituyó, a fines del siglo pasado, en un indicador de prestigio social, a instancias de especulación económica de mucha rentabilidad y como posible inversión con explotaciones de uso extensivo con poca inversión de capital y escaso uso de mano de obra. Sin embargo, la gran mayoría de los nuevos propietarios de la nueva frontera no ocuparon ni explotaron sus campos.

Las posesiones de grandes extensiones no hubiese sido posible de no existir un marco legal que se materializó a través de la ley 817 “de la colonización” sancionada en 1876, durante el gobierno de Nicolás Avellaneda; las leyes 947 “Ley de empréstito” y 1532 que prevén el asentamiento de tribus indígenas; la ley 1628 de “premios militares”. Tanto la primera como la última permitieron el inicio del proceso de privatizaciones de la tierra pública incorporada por las campañas militares.

En 1884 con la ley 1501 “del hogar” se propuso el asentamiento de población estable en territorio conquistado.

La ley 1552 de “derecho posesorio” eliminó la limitación en la extensión, generando las bases jurídicas de los latifundios y abriendo las puertas a nuevos negocios de carácter fraudulentos.

Por último la sanción de la ley 4167 “ley de tierras” que favoreció la repartición de tierras sin el suficiente control del Estado y reduciendo estratégicamente a las comunidades indígenas a establecerse en las diferentes misiones.

Por encima de todos los significados que poseía la tierra para los pueblos originarios, hay otro argumento, quizás el más valedero como para explicar el por qué de la conquista del “desierto” conllevó un verdadero despojo de la tierra y es que ella es propiedad legítima de las comunidades originarias. Sólo la violencia, el uso de la fuerza y un marco legal propicio pudieron consumir la quita de tierras a sus primigenios propietarios.

¹³ Musters, G, “Vida entre los patagones”, p.348

¹⁴ Varela, G; Manara, C, “Dinámica histórica de un espacio cordillerano norpatagónico: de las primeras sociedades indígenas a los últimos cacicatos, en Hecho en Patagonia p. 49

Ni bueno, ni malo: rebelde

El viejo cacique de la Patagonia Modesto Inacayal dejó profundas huellas en la historia de la Patagonia pero las páginas oficiales solo le reservaron un lugar de escaso protagonismo.

Actualmente en la zona del Nahuel Huapi pocos conocen su historia que uno podría pensar que se simplifica a poco menos de treinta kilómetros de la ciudad de San Carlos de Bariloche, en el paraje conocido como Nirihuau, donde se encuentra la Escuela Primaria N° 190 que lleva su nombre.

Como a muchos indígenas de la época era difícil atribuirle una única filiación étnica, ni una pureza de sangre, lo que era más dificultoso cuando se trataba de personas con alguna jerarquía. Los tehuelches practicaban la exogamia, ritual este que se iba transformando en utilitarismo político a los fines de ayuda y solidaridad entre castas. Eso permitía que un cacique desposara a los familiares de los caciques de otras tribus para buscar favores y alianzas. Ese casamiento se celebraba por consentimiento mutuo o por compra de la muchacha a su padre.

Villegas en una carta a su general le cuenta que la tribu de Inacayal estaba compuesta por aproximadamente 30 indios con sus familias, que eran pacíficos agricultores, que cosechaban productos de alta calidad tales como maíz, trigo, cebada, porotos, zapallos, papas, batatas, etc.

Cada cacique tenía jurisdicción sobre un determinado territorio, dentro del cual debían desarrollarse las actividades de la tribu, especialmente la caza. Para poder entrar o pasar por el territorio de otros, había que obtener autorización, cumpliendo un estricto ceremonial, caso contrario se consideraba como señal de mala fe y una invasión.

Con respecto a su filiación, se supone como año de nacimiento 1833, pero no fue probado por ninguno de los estudiosos ni de los viajeros que pudieron conocerlo. Thomas Harrington considera a su padre Chululaken y a su madre Guenaken; a su vez, Lehmann Nitsche toma a ambos como Guenaken, mientras que Francisco Moreno lo considera huilliche. Otros historiadores consideran a su madre tehuelche

La historia señala que fue un cacique tehuelche que vivió en el S XIX en la zona norte de la Patagonia argentina y uno de los últimos en resistir, al mando de 3000 hombres, la llamada “conquista del desierto” del ejército del general Julio Argentino Roca. Pero una ofensiva inesperada de las columnas al mando del coronel Conrado Villegas, expulsó hacia el sur las tolderías del rebelde cacique patagónico que acampaba cerca de la naciente del río Limay en el lago Nahuel Huapi.

Guillermo Cox en su viaje del año 1863, describe al cacique como una persona franca y abierta, de cara inteligente, cuerpo rechoncho y bien proporcionado, que hablaba algo de castellano.

Cuando en 1879 el cacique Inacayal recibió a Moreno en Tecka, a unos trescientos kilómetros aproximadamente del lago Nahuel Huapi, no imaginaba que su vida terminaría siendo prisionera en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, y mucho menos que conviviría con los restos de sus coterráneos expuestos en una vitrina.

Junto al cacique Foyel, fue uno de los lugartenientes de Sayhueque, el “Señor del país de las Manzanas”. Con un alto grado de prestigio, participaba en los parlamentos de éste.

Las fuentes develan que en un principio mantuvo tratos cordiales tanto con sus parcialidades indígenas como con exploradores que recorrieron la Patagonia, incluido Moreno.

La situación cambió hacia 1884 cuando el Estado argentino, decidido a “conquistar el desierto”, arrinconó a los pueblos indígenas. En octubre el grupo encabezado por Inacayal y Foyel fue atacado. Treinta murieron y los demás terminaron prisioneros. Inacayal fue

capturado por las fuerzas del Teniente Coronel Lasciar a cargo de Ejército Argentino el 18 de octubre en 1884 en el Fuerte de Junín de los Andes. Fue hecho prisionero y sometido a diversos traslados.

Según el Centro Mapuche Tehuelche de Chubut, que hace 15 años inició el reclamo por los restos del cacique, una vez allí fueron disgregados: *“los niños regalados a distintas familias porteñas, las mujeres destinadas a trabajar como domésticas y los hombres envidiosos a la isla Martín García a picar adoquines para las calles de las ciudades”*. (Silvia Ametrano, actual directora del Museo)

En 1886 Francisco P. Moreno gestionó un nuevo sitio para los caciques: el Museo de Ciencias Naturales de La Plata. La intencionalidad del traslado ha generado polémicas diversas que sitúan al perito desde un lugar de buen corazón y buena esencia a un personaje roquista perteneciente al grupo más oscuro de la organización Liga Patriótica presidida por Manuel Carlés.

La intervención de Moreno permitió que fueran recluidos en el edificio del bosque platense Inacayal y su mujer Tafá (una alacaluf originaria de Tierra del Fuego) y Foyel junto a su mujer y su hija Margarita, entre otros. Este último pudo regresar a la Patagonia y a cambio de reivindicarse como argentino, se le “cedieron” algunas tierras que el Estado consideraba “fiscales”.

El cacique rebelde, en cambio, se negó a resignar su identidad y siguió en cautiverio. *“Fue fotografiado, estudiado, utilizado como sirviente y expuesto a los curiosos nacionales y extranjeros”* (Gustavo Politis, arqueólogo)

El cientista recuerda un escrito sobre la psicología del cacique realizado en esa época por un empleado del Museo: “dice que nunca habla, sólo cuando está borracho, que duerme todo el día y es propenso a la pelea. Eso demuestra un malestar: no era una estancia pacífica o placentera”. En cartas de Moreno se señala la baja de ración de comida para ver si el cacique cambiaba de actitud. (Museo de la Patagonia)

La secuencia de muertes ocurridas en 1887 deja un manto de dudas sobre lo ocurrido con el grupo de Inacayal. El 21 de septiembre muere Margarita, el 2 de octubre la mujer de Inacayal y el 10 de octubre la mayor del grupo, Tafá. El cacique vivió un año más y sobre su final se han escrito relatos de diversas grandilocuencias, originados en cierto ritual que habría realizado antes de morir, quitándose los “ropajes cristianos”. Si de algún modo supo anticiparse a su muerte, lo arrojaron por las escaleras al desnudarse o se suicidó ante el tormento de ver expuestos los huesos de su propia gente, es objeto de disputas irresolubles. Pero todos coinciden en que murió el 24 de septiembre de 1888.

Sobre sus últimas palabras escribió Clemente Onelli: *“Un día, cuando el sol poniente teñía de púrpura el majestuoso propileo de aquel edificio(...) sostenido por dos indios, apareció Inacayal allá arriba, en la escalera monumental; se arrancó la ropa, la del invasor de su patria, desnudó su torso dorado como metal corintio, hizo un ademán al sol, otro largísimo hacia el sur; habló palabras desconocidas y, en el crepúsculo, la sombra agobiada de ese viejo señor de la tierra se desvaneció como la rápida evocación de un mundo.*

Esa misma noche, Inacayal moría, quizás contento de que el vencedor le hubiese permitido saludar al sol de su patria”. (Vignati 1942: 25),

Tras la muerte del cacique y según las prácticas de ese momento, sus restos óseos fueron conservados para ser estudiados, se imprimieron mascarillas a pocas horas de su muerte y durante algún tiempo fueron exhibidos en las salas de Antropología del Museo de Ciencias Naturales de La Plata.

Regreso a casa

Hace muchos años que las distintas organizaciones indígenas del país, reclaman la devolución de los restos de sus antepasados que aún siguen siendo expuestos en museos de diferentes ciudades como trofeos victoriosos para aquellos sectores que aún hoy creen que el avance militar sobre tierras indígenas era inevitable.

En lo que respecta al cacique Inacayal, sus restos fueron devueltos a la tierra chubutense mediante la sanción de la Ley N° 23940 fechada el 22 de mayo de 1991 del Honorable Congreso de la Nación luego de la iniciativa del aquel entonces Senador Nacional Hipólito Solari Irigoyen.

Bajo el Expediente N° 51-5-90 y el orden del día 903 se autorizó el traslado desde el Museo de Ciencias Naturales Florentino Ameghino de la Plata a la localidad de Tecka.

El Boletín Oficial N° 27167 indicaba *“Establécese que el PEN dispondrá el traslado de los restos mortales del cacique Inacayal a la localidad de Tecka, provincia de Chubut”*.

Allí llegó el 19 de abril de 1994 en coincidencia con el día del indio americano.-

Conclusiones

A modo de una conclusión no acabada que deja abierta la posibilidad de seguir profundizando, se puede indicar, por un lado, que el plan preliminar buscaba “limpiar” de indígenas el territorio entre la frontera y el río Negro, ya fuere quebrando su moral, reduciendo sus comunidades o privándolos de sus haciendas. Manteniendo el sobresalto en ellos, se los obligaría a someterse voluntariamente o a emigrar hacia el interior del “desierto”. El plan de desgaste había dado su éxito. En este contexto se planifica el golpe final: la “Conquista del Desierto” que conllevó un proceso de exterminio y desarticulación cultural que desde hacía más de medio siglo se estaba llevando a cabo.

Desde las elites morales y políticas del país existió desde siempre una mirada muy particular respecto a la población indígena. Aunque la legislación sólo reconocía un homogéneo “otro” indígena que debía ser argentinizado, evangelizado y civilizado en las prácticas se veía a dicha población con diferentes posibilidades de incorporación a la “civilización” y a la “comunidad nacional”. Estas distinciones eran operativas a los distintos frentes de avance del capital en los territorios incorporados y a la implementación de las políticas de Estado.

Así sobre la base de una visión de “barbarie”, “salvaje, e “incivilización”, el Estado dispuso que algunos grupos requerían una transformación más completa antes de poder ser “asimilados”, mientras que otros dispondrían de un cierto capital cultural para incorporarse a la vida económica de la nación.

El joven abogado Estanislao Zeballos le impone su particular mirada con respecto a quienes habitaban ese espacio de frontera al acercarse hacia 1878. Ferviente adherente a la política del “General del Desierto” se convirtió en su propulsor y propagandista, así como en el ideólogo que aportó la más acabada justificación a la empresa.

Con su obra, Zeballos, dio forma definitiva a la idea de un vasto “desierto” con riquezas potenciales pero poblado por bandas de salvajes nómadas que saqueaban las fronteras en busca de animales y de cautivos.

Esa imagen no hizo más que develar la antinomia “civilización- barbarie”, tan cara a las ideas e la época: al crear al bárbaro”, al “salvaje”, la conquista se convertía en una empresa civilizadora. La eliminación del indio, considerado incapaz de incorporarse al avance de la “civilización y el progreso”, era el precio que debía pagarse, por alto que fuera.

Por otro, la necesidad de seguir profundizando las marcas que ha dejado la historiografía oficial y que permiten dar cuenta que el Estado Nacional, a través de sus diferentes referentes, asumió visiones y posicionamientos diferenciados respecto a los actores sociales que protagonizaron los diferentes conflictos y dirimieron las luchas por el poder a fines del siglo XIX en la zona del Nahuel Huapi.

Pero también se abren nuevas posibilidades para confirmar algunas de las hipótesis explicativas que dan cuenta sobre la visión del “otro” y su construcción de poder que se asumen desde Estado Nacional, muchas veces impregnados de subjetividades que ligan al “otro” y su alteridad con la posibilidad de negociación y/o cooptación.

En este sentido es relevante la figura del cacique que nos convoca puesto que su registro historiográfico solo da cuenta de condiciones de subordinación respecto a otros caciques.

Los contrastes respecto a las luchas por el poder y la ocupación de los espacios como así también frente a modalidades de resistencias ante el avance de las parcialidades blancas son notorios. Aquí particularmente acentuamos la mirada, realizando una interpretación bibliográfica documental de las circunstancias históricas que resultan “procesos nodales” de la problemática que nos ocupa.

Inacayal asume frente al “otro” que invade, modalidades que si bien fueron adscriptas como pasivas resultan de un coraje insoslayable que el propio poder hegemónico no supo dimensionar.

Tanto los mecanismos de hospitalidad como las negociaciones con el gobierno central son interpretados direccionalmente en función de los intereses del invasor.

BIBLIOGRAFÍA:

- ACERES, N.: “Regiones y fronteras. Apuntes desde la Historia”, en Revista Andes, Salta, CEPIHN, N°10, 2000

-BANDIERI, S.: “Acerca del concepto de región y la historia regional. La especificidad de la Norpatagonia”, Neuquén, Revista de Historia N° 5, Uncoma, 1993.

-BIEDMA, J.: “Crónica Histórica del Lago Nahuel Huapi”, Bs. As., Emecé, 1993.

-CASAMIQUELA, R.: “Los pueblos indígenas” en Ciencia Hoy, Vol. II N° 7, pp. 18-29, Bs. As., 1990.

- CURRUINCA- ROX: “Sayhueque, el último cacique”, Edit. PLus Ultra, Bs. As., 1986.

- CHARTIER, R.: “La historia hoy en día: dudas, desafíos, respuestas”, en: Olabarri, I. y Caspistegui, F., España, Complutense Edit., pp. 19-33, 1993.
- DÁVILO, B., GOTTA, C. (comp.): “El bárbaro, el desierto y la civilización”, en Dávila y Gotta: Narrativas del desierto. Geografías de la alteridad, Rosario, 2000, segunda parte, pp. 25-43.
- DEL RÍO, W. : Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia, 1872-1943”, Edit. Univ. Nac.de Quilmas, Bs. As. , 2005.
- FERNÁNDEZ BRAVO, A.: “Desplazamientos finiseculares”, en: ob.cit., cap. V pp. 141-177.
- LAGOS, M.: “La cuestión indígena en el Estado. De la violencia a la política errátil”, Univ. Nac.de Jujuy, cap. III, pp. 133-194.
- LISTA, R.: “Obras”, tomo I y II , Editorial Confluencia, Bs. As, 1998.
- MANARA, C. y VARELA, G.: “ Dinámica histórica de un espacio cordillerano norpatagónico: de las primeras sociedades indígenas a los últimos cacicatos”, en Hecho en Patagonia, Edit. Educo, CEHIR, UNCO, 2005.
- MANDRINI, R.; ORTELLI, S.: “Volver al país de los araucanos”, Bs. As., Edit. Sudamericana, 1992.
- MARTINEZ, J.; GALLARDO, V.; MARTINEZ, N.: “Construyendo identidades desde el poder: los indios en los discursos republicanos de inicios del siglo XIX”, en Boccara: Colonización, resistencia y mestizaje, cap. II. Pp. 27-45.
- MASÉS, E.: “Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1910), Edit. Prometeo Libros/Entrepasados, Bs. As., 2002.
- MORENO, F.: “ Reminiscencias del Perito Moreno”, Edit. Elefante Blanco, Bs. As., 1997.
- MUSTERS, G. : “ Vida entre los patagones”, Edit. Elefante Blanco, Bs. As., 1997.
- OSLAK, O.: “La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización social”, Bs. As. , Edit. Planeta, cap. I, 1999.
- QUIJADA, M.: “La nación reformulada. México, Perú, Argentina”, en Annino, Castro y Guerra: ob. cit., cap. XI, pp. 301-327.
- SARASOLA MARTINEZ: “Nuestros paisanos los indios”, Edit. Emecé, Bs. As., 1992.
- SHARPE, J.: “Historia desde abajo”, en Burke, P., ob. cit., cap. II, pp. 38-58.
- TODOROV, T.: “La conquista de América. El problema del otro”, Edit. Siglo XXI, Bs. As., 2003.

- VIGNATI, M.: "Iconografía Aborigen. Los caciques Sayeweque, Inakayal y Foyel y sus allegados", Extracto de la Revista del Museo de La Plata (Nueva serie), Sección Antropología, Tomo II, 1942.